

Otorgar premios: una actividad controvertida

La noticia de la reciente concesión del Premio Nobel de la Paz al ex vicepresidente de Estados Unidos Al Gore ha abierto en el ámbito científico y político la polémica, extendida por los medios de comunicación. El Comité justificó su decisión respecto del que ha calificado como uno de los principales políticos ecologistas del mundo, por su compromiso firme, reflejado en actividades políticas, conferencias, películas y libros, que ha fortalecido la lucha contra el cambio climático, y por despertar la conciencia de los riesgos climáticos a los que el mundo se enfrenta. Sin embargo, las voces críticas señalan errores científicos de bulto en el documental. Una verdad incómoda con el que Al Gore ha difundido su mensaje ecologista y por el que ha conseguido también otro premio muy codiciado, el Oscar; y varias incongruencias personales y políticas, como sus desplazamientos en jet privado, el excesivo consumo de energía eléctrica de su domicilio o, lo que es peor, su negativa a la firma del tratado de Kioto durante su vicepresidencia. No es la primera vez, ni será seguramente la última, en que un galardón importante despierte controversia.

La ocasión invita a la reflexión en torno al mundo de los premios, abundantes en la cultura del espectáculo que caracteriza a nuestro tiempo. No hay prácticamente institución o empresa que se precie de serlo que no convoque su premio y empeñe recursos y esfuerzos de difusión en su propuesta. Ni los más

relevantes o de mayor prestigio se libran de las críticas. Es más: cuanto más importantes, menos acuerdo concitan.

El Nobel, en la cúspide de los premios

Al Gore comparte distinción con el Grupo Intergubernamental sobre el Cambio Climático de Naciones Unidas, según el Comité un *organismo científico importante dedicado a mejorar la comprensión de la crisis climática, por su impulso al conocimiento y a las acciones para contener el calentamiento global*. Con sus informes científicos de las últimas décadas —añadió— en los que *millares de científicos y autoridades de más de un centenar de países han colaborado para lograr una certeza mayor en cuanto a la dimensión del calentamiento*, ha creado un *amplio consenso documentado sobre la relación entre las actividades humanas y el calentamiento global*. Como un signo de nuestro tiempo, el premiado estrella Al Gore ha opacado el mérito científico de estudios mucho menos apocalípticos y mejor argumentados, pero no tan impactantes.

Desde su creación, por expreso deseo del científico e industrial sueco Alfred Nobel, en su testamento el 27 de noviembre de 1895, el Nobel ha sido considerado la máxima distinción internacional; pero en no pocas ocasiones parece haberse apartado de sus objetivos fundacionales. Tal vez motivado por su responsabilidad como empresario que se había enriquecido con la producción industrial de la dinamita, útil para la minería pero también para la guerra, Nobel dispuso que con su fortuna se constituyera un fondo *cuyos intereses serán distribuidos cada año en forma de premios entre aquellos que durante el año precedente hayan realizado el mayor beneficio a la humanidad*. Desde la primera convocatoria, en 1901, los premios han recaído en personalidades de todo el mundo, en cumplimiento de su última voluntad: *Es mi expreso deseo que, al otorgar estos premios, no se tenga en consideración la nacionalidad de los candidatos, sino que sean los más merecedores los que reciban el premio, sean escandinavos o no*.

Los premios de Física y Química —concedidos por la Academia Sueca de las Ciencias—, y el de Fisiología y Medicina —que otorga el Instituto Karolinska de Estocolmo—, han sabido responder en general al deseo del fundador: quienes hubieran *hecho el descubrimiento o el invento más importante* en cada área. No admiten objeción designaciones como, por ejemplo, las de Marie Sklodowska–Curie (Química, 1911), Max Planck (Física, 1918), Albert Einstein (Física, 1921), Robert Koch (1905, por descubrir la causa de la tuberculosis), Santiago Ramón y Cajal (1906, por sus investigaciones sobre el sistema

Otorgar premios: una actividad controvertida

nervioso) o Peter C. Doherty y Rolf M. Zinkernagel (1996, por sus descubrimientos sobre la respuesta inmunitaria de las células frente al ataque de organismos infecciosos). La índole concreta de las aportaciones científicas y sus repercusiones tecnológicas y sanitarias, fácilmente comprobables, preservan estas categorías de la polémica general.

Sin embargo, el premio de Literatura que Nobel pensó para quien *haya producido la obra más sobresaliente de tendencia idealista dentro del campo de la Literatura*, y que otorga la Academia de Estocolmo, no ha sido así. Resulta verdaderamente incomprensible que se negara a figuras como Marcel Proust, León Tolstoi, Henrik Ibsen, Jorge Luis Borges o James Joyce, por señalar sólo los clásicos literarios sin los que no podría entenderse la literatura posterior. Y más de una crítica bien fundada han motivado los más recientes premios de la austríaca Elfriede Jelinek (2004), del italiano Dario Fo (1997), del alemán Günter Grass (1999), del inglés Harold Pinter (2005), o el de este año, de la maestra del feminismo Doris Lessing. Tanto en las ausencias como en las distinciones, más que razones estrictamente literarias parecen primar otras consideraciones de signo ideológico o político.

No obstante, el premio que ha recibido más críticas ha sido siempre el de Paz, concedido por un comité de cinco personas elegidas por el *Storting* (Parlamento) noruego. Repasar la nómina de los premiados y sus trayectorias plantea dudas respecto del perfil establecido por Nobel —*la persona que haya trabajado más o mejor en favor de la fraternidad entre las naciones, la abolición o reducción de los ejércitos existentes y la celebración y promoción de procesos de paz*—, como ocurre con los casos de Henry Kissinger (1973), Yasser Arafat (1994) o Kofi Annan (2001), entre otros. No obstante, el aplauso es unánime en casos como el de Albert Schweitzer (1952), Martin Luther King (1964) o la Madre Teresa de Calcuta (1979).

El Premio de Economía, no instituido por Nobel, ha sido incluso criticado por sus descendientes que consideran que el historial de concesiones está sesgado hacia la economía neoclásica, con un 80% de los premiados estadounidenses (65%) o británicos (15%). Se ha alegado también que después de los primeros años no ha habido suficientes economistas de mérito como para justificar la concesión; y que es discutible el estatus científico del discurso económico.

La preeminencia norteamericana e inglesa no es patrimonio exclusivo de Economía: la lista de premiados de las restantes categorías, en especial las científicas, muestra proporciones parecidas, como un reflejo de la preeminencia de la actividad científica en sí. Por poner un ejemplo cercano,

salvo en los casos de Ramón y Cajal y de Severo Ochoa —premiado en 1956 por su investigación en Estados Unidos—, España sólo está representada en Literatura, con Vicente Aleixandre (1977), Jacinto Benavente (1922), Camilo José Cela (1989), José Echegaray y Eizaguirre (1904) y Juan Ramón Jiménez (1956). El desarrollo científico español del siglo XX y de lo que va del XXI no alientan el optimismo respecto de futuras distinciones.

En síntesis, ni son todos los que están ni están todos los que son, por diversas razones. El Nobel, situado en la cúspide de los premios —al menos así lo cree Gabriel García Márquez, que desde que lo recibió en 1982 considera que no debe aceptar ningún otro por importante que sea—, es un galardón desgastado por consideraciones políticas o decisiones subjetivas, y porque excluye a muchos de los que han contribuido de verdad al progreso humano. Si esta realidad se presenta en el premio internacional más importante, no es extraño que similares situaciones se vivan en contextos más cercanos.

Los premios nacionales en la globalización

La importancia de los premios se valora por la institución convocante, por el monto económico de la recompensa y por su repercusión mediática. El premio significa en el mejor de los casos un medio de estímulo y apoyo cultural, pero su proyección depende en gran medida del premiado. Un buen ejemplo lo constituye desde 1981 el Premio Príncipe de Asturias, destinado a *galardonar la labor científica, técnica, cultural, social y humana realizada por personas, equipos de trabajo e instituciones en el ámbito internacional, prioritariamente en el de las naciones pertenecientes a la Comunidad Iberoamericana*, según rezan sus estatutos.

En todas sus categorías —Artes, Ciencias Sociales, Comunicación y Humanidades, Concordia, Cooperación Internacional, Deportes, Investigación Científica y Técnica, Letras— ha ido incrementando su fuerza y su presencia internacional gracias al perfil universal de sus premiados, hasta constituirse para algunos de ellos en la antesala del Nobel, como les ocurrió a Muhammad Yunus y su Banco Graneen (1998), a Lessing (2001), a Günter Grass (1998), o al propio Gore (2007). Aunque inicialmente los premios recayeron en especial en españoles e iberoamericanos destacados, en la actualidad el carácter internacional de sus premiados se ha ido imponiendo, con lo que la repercusión allende las fronteras del Principado y de España está garantizada. A esta estrategia de globalización responden las designaciones de figuras tan

mediáticas como Woody Allen, Bob Dylan, Joanne Kathleen Rowling, Arthur Miller, George Steiner, Barbara Hendricks, Steffi Graf, entre otras muchas.

El complejo mundo de los premios literarios

En el complejo y variado panorama de los premios literarios hay de todo: desde el premio institucional que distingue la labor de toda una vida, o así lo proclaman sus bases, como el Premio Cervantes o el Premio Nacional de Literatura; y los premios financiados por las empresas editoriales, que buscan afanosamente al autor mediático que mejor venda, aunque anuncien que su propósito es descubrir nuevos talentos literarios. Algunas editoriales preservan en cierto modo un prestigio de autenticidad de sus orígenes, porque efectivamente han consagrado a escritores como Delibes, Laforet, entre otros muchos ya clásicos; pero desde que el libro se ha transformado en un producto mercantil, mantener la pureza frente a la cuenta de resultados resulta demasiado difícil para los editores. La creación cultural del espíritu deja paso a los números, y las editoriales compiten entre sí con las dotaciones que, cada vez más altas, intentan seducir al periodista de turno, a la presentadora de televisión, al personaje mediático o al escritor muy conocido, porque, transformados muchos de ellos en novelistas para la ocasión, pueden significar cifras millonarias en las ventas. A algunas designaciones verdaderamente escandalosas, se han añadido acusaciones de plagio que no han empañado —incluso parecen apoyar— este propósito: cuanto más ruido mediático, más ventas. Hasta la rechifla es buena, si vende. Las macro-fiestas de entrega de los premios obedecen al mismo objetivo: la rentable repercusión mediática generadora del interés del consumidor.

Es natural que las designaciones de los comités respectivos no sean del gusto de todos porque el carácter selectivo del premio deja, naturalmente, a muchos aspirantes desilusionados y hasta despechados. Pero la crítica viene también por la composición del propio comité de decisión que no garantiza la objetividad, la valoración estrictamente literaria, lejos de otros intereses, políticos, ideológicos o estrictamente comerciales. El actual Ministro de Cultura César Antonio Molina ha anunciado que para garantizar la ecuanimidad y distanciarlo del poder político de turno reformará el sistema de elección del Premio Cervantes, el llamado *Nobel* de las Letras Hispánicas, instituido en 1974 para honrar la obra literaria completa de escritores españoles e hispanoamericanos que, en una regla no escrita, alternan cada año, secuencia que ha tenido muy pocas excepciones. Los candidatos son presentados por la Real Academia Española, las Academias Hispanoamericanas

y los premiados en años anteriores; pero el jurado está presidido desde 1980 por el Ministerio de Cultura, que ya veremos si cumple finalmente su promesa, por lo que supondría de merma de su poder. Sería de agradecer que los gustos poéticos personales del Presidente de turno no primaran frente a la calidad literaria del escritor.

A favor de los premios merecidos

Los premios están insertos en el contexto de nuestra sociedad capitalista, globalizada y posmoderna, por lo que comparten muchas de sus características. Es positivo que los científicos, los artistas y los escritores que verdaderamente merecen estos calificativos cuenten con la posibilidad de trascendencia que su obra necesita y que pueden ofrecer los premios. Parece positivo también que las instituciones y empresas contribuyan, con esta forma del mecenazgo moderno, a estos propósitos. El premio, siempre y cuando los criterios de selección sean los adecuados, puede ofrecernos la oportunidad de conocimiento y de reconocimiento de la creatividad y del esfuerzo de quienes contribuyen a que el mundo sea mejor, a promocionar una labor meritoria incipiente, a proporcionar el espaldarazo definitivo al esfuerzo valioso para la sociedad de quienes, de otra manera, nada sabríamos. En definitiva, a que el pensamiento y la obra humana se eleven más allá de sus propias limitaciones.

Pero no todo ha de ser fachada mediática, impregnada de partidismos, ideologías, relaciones interesadas y servidumbres políticas varias; ni exclusivo interés promocional y crematístico. La calidad del trabajo creativo, la aportación honrada a la mejora de la Humanidad deberían ser los motivos fundamentales de distinción para las instituciones convocantes. No debe olvidarse que el premio tiene una dimensión social, de referente ejemplar; y que, por tanto, un reconocimiento justo contribuye a estimular buenas obras, pero el injusto, legitima valores nada deseables. Aunque no es posible evitar del todo la controversia, sería el modo de que no nos invadiera la sensación de frustración, de traición a nuestra esperanza de que sea reconocida la excelencia, no la contingencia de otros falsos valores. ■